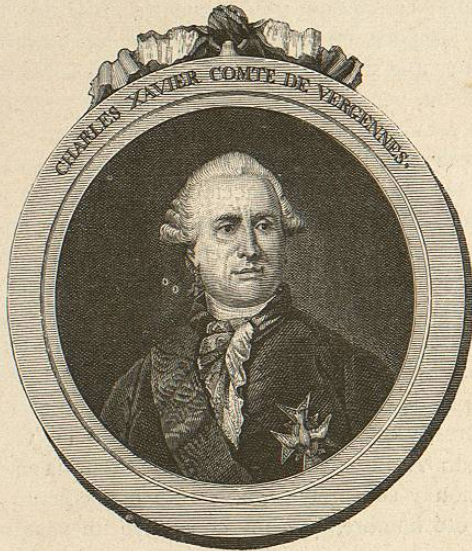


niones y partidos que se forman y chocan entre sí, no debe vacilar en sacrificar la opinion pública del Sr. Necker en aras de la opinion verdadera, de los principios y de la sabia y pacífica administracion de los Estados y corporaciones que desde hace muchos siglos constituyen la grandeza y el poder de este reino. V. M. se encuentra por segunda vez en la situacion en que se encontraba respecto del Sr. Turgot, cuando decidió apresurar su caída. El sistema del Sr. Necker ofrece los mismos peligros y los mismos males (1).»

Vergennes habia acertado: en efecto, se preparaba una reforma que amenazaba á todo el antiguo régimen y cuyos ejecutores eran el rey y su ministro. Desde la época de Turgot, habia comenzado á iniciarse en las altas esferas la obra de destruccion que las masas habian de completar despues. Necker se habia dejado llevar tambien de esta corriente, y aun cuando los medios por él empleados no eran, en un principio, tan duros como los aplicados por Turgot, no por



El conde de Vergennes (copia de un grabado anónimo)

eso era menos sensible la conmocion que sufría lo existente ni menos fundado el temor de sus sostenedores, á quienes era ó debía ser hostil. El furor con que la opinion pública, despues de las revelaciones de la memoria financiera, atacó todo aquello que se apartaba de la publicidad, era una novedad que no habia ocurrido en tiempo de Turgot. Todo esto era perfectamente cierto; lo falso era que la caída de Necker pudiera dar nueva vida al antiguo sistema. Acordóse negar al director de hacienda el ingreso en el Consejo de Estado, y el proceder del exacerbado Vergennes para hacer insostenible á Necker su posicion fué de tal naturaleza, que Necker decidió reproducir su peticion para obtener una victoria completa ó una honrosa retirada. Esta vez, el rey se mostró muy dispuesto á acceder á su pretension, pero Maurepas amenazó con la dimision de todo el ministerio, y ante esta amenaza cedió el monarca: Necker podia continuar siendo director de hacienda, pero se le negaba la entrada en el Consejo de Estado; el rey no se dejó arrancar otra concesion. Maurepas comunicó, en 19 de mayo de 1781, este acuerdo á Necker, el cual escribió al rey el siguiente lacónico billete, faltar de todo preámbulo y de toda fórmula cortesana:

«La entrevista que he celebrado con el Sr. de Maurepas no me permite aplazar por mas tiempo el poner mi dimision

(1) El documento íntegro se encuentra en Soulavie, IV, 206-213. Las palabras subrayadas se refieren al plan de Turgot sobre las municipalidades y confirman oficialmente la opinion tantas veces por mí emitida de que esta fué la causa principal de la caída de Turgot.—F. II.

en manos de V. M. Esto me apena en gran manera. Me atrevo á esperar que V. M. procurará dedicar algun recuerdo á los años de mis felices pero penosas tareas, y sobre todo al celo sin límites con que me he sacrificado por su servicio.—19 de mayo.—Necker.»

De esta suerte Necker no solicitó su cesantía, sino que se la tomó por sí y ante sí, y por cierto sin tratar de guardar mucho las fórmulas. En 20 de marzo de 1781 habia fallecido Turgot: en 19 de mayo retrocedió Necker ante la tempestad levantada por la tenacidad y el oscurantismo. Los que no esperaban la resurreccion del antiguo régimen y creian que la salvacion del país dependia de las reformas proyectadas por hombres honrados, consideraron la fecha del 19 de mayo de 1781 como el segundo día de terrible desdicha en la existencia de aquella monarquía, abandonada de todos los grandes pensadores.

CAPITULO II

CALONNE.—EL MATRIMONIO DE FIGARO.—EL COLLAR DE DIAMANTES

El día 19 de mayo solicitó Necker su retiro, y se trasladó luego con su familia á la hermosa casa de campo que poseia en Saint-Ouen, á orillas del Sena. Allí le visitaron muchos elevados personajes, al frente de los cuales figuraban el duque de Orleans, el principe de Condé y el mariscal Biron, para manifestarle que su retirada habia sido considerada como una calamidad nacional, aun por aquellos mismos en quienes veía Vergennes la verdadera «opinion pública.» Allí fué tambien su sucesor, el consejero de Estado Joly de Fleury, enemigo mortal de las reformas de Necker, que esperaba gozar de una parte del crédito de que este habia disfrutado con solo pasar despues de su nombramiento un día con el ex-director de hacienda (2). El día 22 de mayo se publicó un decreto que fué considerado como un rompimiento definitivo con el espíritu semi-democrático que habia representado Necker en el gobierno de Francia. Los empleos oficiales del ejército habian sido hasta entonces accesibles no solo á la nobleza sino á los ciudadanos particulares á quienes su caudal permitia llevar igual vida que la aristocracia. Durante el período de las guerras de Luis XIV se nombraron oficiales burgueses y nobles sin distincion, y solo en tiempo de paz se daba cierta preferencia á la nobleza, porque sus individuos tenian á desdoro ejercer una industria. Esto trajo como consecuencia que, cuando en 1733 los oficiales nobles pidieron en masa su retiro, se encargara á los intendentes que excitaran á la juventud burguesa rica para que adquiriera los empleos de oficiales (3). La nobleza no era bastante numerosa ni reunia suficientes condiciones guerreras para ocupar todos los empleos de oficiales de un ejército de doscientos mil hombres. En su consecuencia, fué completamente contrario al espíritu militar y en alto grado imprudente bajo el punto de vista político el incomprendible edicto de 22 de mayo de 1781, en virtud del cual se excluyó de los empleos de oficiales del ejército á los plebeyos y á los hijos de origen no noble, aunque hubiesen sido ennoblecidos desde largo tiempo. Este edicto comenzaba con las siguientes palabras: «El rey ha decidido que todos los súbditos propuestos para los cargos de subtenientes en los regimientos de infantería, caballería de línea y ligera, dragones y cazadores montados, tengan la obligacion de presentar las mismas pruebas de nobleza que aquellos que

(2) Lescurre: *Correspondance secrète*, I, pág. 399.

(3) Soulavie, IV, pág. 393.

quieran ser admitidos en sus reales academias militares; y ha resuelto no admitir mas que á los que presenten un testimonio extendido por el geneólogo señor Cherin.» En virtud de los edictos de 1751 y 1760 referentes al ingreso en las academias militares, debian los candidatos contar cuatro ascendientes nobles por línea de varon y exhibir los títulos originales, sin que bastara la presentacion de certificados, haciéndose solo una excepcion en favor de los hijos de los caballeros de San Luis (1). En su consecuencia, quedaron excluidos los oficiales burgueses y aun los hijos de aquellas familias ennoblecidas que gozaban hacia un siglo ó tres generaciones de los derechos aristocráticos, porque les faltaba el cuarto ascendiente noble (2).

Joly de Fleury se opuso al desenvolvimiento ulterior de las asambleas provinciales de Necker, para no debilitar el poder oficial de los intendentes. Al propio tiempo el gobierno infringió una herida mortal al ejército, abriendo un abismo entre los oficiales y sus inmediatos subordinados. Los sargentos y cabos plebeyos representaban la parte del estado llano que cada día y cada hora sufría mas acerbamente en sus propias personas las desventajas de la diferencia de clases, y cuyo público resentimiento ó impaciente descontento se comunicaba inmediatamente á los soldados, plebeyos tambien. De su buena ó mala voluntad dependia todo en el servicio: desde el momento en que se les arrebató su última esperanza porque no tenian los pergaminos necesarios, aquel que les convirtiera violentamente en catilinarios que podian ganarlo todo y no perder nada con una revolucion, creaba por sus propias manos las tribunas guerreras del motin y la desercion, y rompía la columna vertebral del único cuerpo fuerte que podia defender al trono contra la anarquía.

Joly de Fleury fué el último ministro que el conde Maurepas dió á la Francia. En 21 de noviembre de 1781 murió el anciano mentor del joven rey, y desde aquel momento el monarca depositó toda su confianza en el conde Vergennes, sin que por eso variara en nada la situacion de Francia. Habia que pagar los intereses de los empréstitos contratados por Necker, mientras la guerra marítima con Inglaterra absorbía todos los recursos que aquellos emprés-

(1) *Anciennes lois françaises*, XXVII, pág. 29.

(2) De este edicto dice Martin (XVI, 505) que se publicó á pesar del ministro de la Guerra Segur; pero Soulavie, que merece gran crédito, afirma todo lo contrario (IV, 389). Aun cuando se aceptara que una ley de tan grave trascendencia para el ejército pudiera ser promulgada contra la voluntad del ministro de la Guerra, seria inadmisibile que contra su parecer se diera posteriormente una ley en un todo semejante á aquella para las tropas coloniales. El decreto de 18 de agosto de 1781 exigía para los cadetes de las tropas de las colonias la prueba de tres ascendientes nobles por línea de varon (Soulavie, 390). La señora Campan (*Mémoires*, I, 236) nada sabe de la resistencia opuesta por el conde Segur al edicto por él publicado, y dice: «La injusticia y el absurdo que entrañaba la tal ley fueron indudablemente una causa secundaria de la Revolucion. Era preciso conocer á fondo la apreciable clase del tercer estado para comprender la desesperacion ó mejor la ira que en ella produjo esta ley. Las provincias francesas estaban atestadas de familias plebeyas que hacia muchos siglos vivian como propietarias en sus dominios y pagaban la talla. Cuando estos particulares tenian varios hijos, destinaban uno al servicio del rey, otro á la Iglesia, colocaban á otro en la orden de Malta como caballero servidor de armas y á otro en la magistratura, mientras el primogénito conservaba la hacienda paterna, y cuando sus fincas estaban situadas en un país célebre por sus vinos, unía á la venta de sus propias cosechas el comercio y comision de vinos de su canton. En esta clase de ciudadanos justamente respetados, he conocido á un particular, empleado durante mucho tiempo en la diplomacia, que llegó á obtener el título de ministro plenipotenciario, que fué yerno y sobrino de coroneles y mayores de plaza, y por su madre sobrino de un teniente general y cordon rojo, á pesar de lo cual no pudo hacer ingresar á sus hijos de subtenientes en un regimiento de infantería.»

titos habian proporcionado. Fleury procuró arbitrar otros recursos, aumentando continuamente los impuestos, y cuando este medio estuvo agotado, intentó contraer nuevos empréstitos. El Parlamento de Paris lo aprobaba todo sin discusion, mientras que el de Besançon y los Estados de Bretaña formulaban continuas protestas. En febrero de 1783 se puso á Vergennes al frente de una nueva «Comision de hacienda,» cuya institucion fué aprobada por Fleury, que esperaba encontrar en ella un apoyo contra las dilapidaciones del ministerio de Marina, desempeñado por el mariscal Castries. En el conflicto que con este motivo se suscitó, fué Fleury derrotado, por lo cual se le destituyó en marzo de 1783. Su sucesor fué un consejero de Estado que contaba treinta y un años, llamado d'Ormesson, el cual con un celo digno de toda alabanza profundizó la cuestion de hacienda, hasta entonces completamente desconocida para él, llegando al cabo de dos meses de serios estudios al siguiente resulta-



El ministro Calonne (copia de una litografía de Delpech)

do: «El arrendamiento de las contribuciones no solo debe ser limitado sino abolido y sustituido por la administracion real.» Movido por este convencimiento noblemente adquirido, rescindió en 27 de setiembre de 1783 los contratos de arrendamiento y decretó la instalacion de una administracion del Estado (3). La imposibilidad en que se vió de llevar á cabo esta medida, nada prueba contra la rectitud del pensamiento, que hubo de ser reconocido despues como el único salvador. La penetracion que aparece de manifiesto en el plan y el valor con que procuró proceder aquel hombre honrado conforme á sus opiniones, hubiera debido mover á la posteridad á no reproducir impremeditadamente los epigramas con que los cortesanos y las sanguijuelas de la «hacienda general» se burlaron de su pretendida ignorancia. «¡Mi cocinero me echa á perder los manjares, pero es un hombre honrado! ¡Mi cochero me vuelca á menudo el coche, pero es un hombre honrado!» así se mofaban de Ormesson aquellas clases elevadas que pocas semanas despues caian á los piés de Calonne. D'Ormesson se retiró como hombre digno y de imaculada pureza de sentimientos, renunciando á la pension de 15,000 libras en favor de las jóvenes pobres de Saint Cyr. Al poco tiempo él y uno de sus parientes, instituidos herederos por un hombre sumamente rico, renun-

(3) Droz, I, pág. 395.

ciaron á los millones por no usurparlos á los herederos naturales del difunto (1).

Al tratarse del nombramiento del sucesor de Ormesson, el mariscal de Castries propuso con gran insistencia que volviera á llamarse á Necker; pero el rey no olvidó la carta de despedida (2) y declaró que un hombre que le había abandonado de aquel modo no podía volver á servirle. Hablóse luego de Lomenie de Brienne, arzobispo de Tolosa, prelado á la moda, á quien el rey no podía ver. *Ni neckeraille ni prétraille*, dijo el monarca, y dejándose convencer por Vergennes, confió la hacienda del Estado al más famoso intendente de toda la monarquía, Carlos Alejandro de Calonne.

El nuevo ministro, nombrado el día 2 de noviembre de 1783, no titubeó en mostrarse al rey tal como era. En la primera entrevista que con él tuvo, le manifestó que debía 230,000 libras, añadiendo que si bien un ministro de Hacienda tenía medios de pagarlas sin que de ello se enterara Su Majestad, él prefería confesarlo espontáneamente. Sin decir palabra, sacó el rey del cajón de su mesa 230,000 libras en acciones de la Compañía de aguas y las entregó al ministro sincero. El mismo Calonne contó esta anécdota al anciano Machault, ex-ministro de hacienda de Luis XV, que estuvo á verle para ciertos negocios y á quien no tuvo inconveniente en decir, á pesar de ser la primera vez que le veía, que había encontrado medio de conservar las acciones y de pagar al propio tiempo sus deudas. Un hombre decente no se hubiera quizás encargado de la hacienda francesa, dado el estado en que esta se encontraba; pero él había aceptado el cargo instigado por sus acreedores (3).

Este hombre influyó tan decisivamente en la historia de Francia y es una imagen tan fiel de las contradicciones que desfiguraron el semblante y la existencia de la Francia antigua, que vale la pena de transcribir una descripción que de él hizo el consejero de Estado Montyon, y que coincide con cuantas noticias de tal personaje tenemos. El retrato de Calonne es el mejor que ha salido de aquella pluma: «Imaginése un hombre grueso, bastante bien conservado; el porte airoso, los rasgos de la fisonomía no sin atractivos, el rostro lleno de vida y cambiando continuamente de expresión; la mirada penetrante, pero recelosa; una sonrisa menos franca que maliciosa: tal es el aspecto exterior del Sr. de Calonne.

»La viveza de un joven de elevada clase, la ligereza de un niño de escuela, la elegancia de un preferido de las mujeres, una coquetería que solo deja de ser ridícula en las damas, la gravedad de un hombre de posición, la pedantería del magistrado, algunas torpezas que recuerdan la provincia: tales son las maneras del Sr. de Calonne.

»Las frases de un hombre de talento, la finura y complacencia de un cortesano, la astucia de un intrigante fluido, elegante y á veces enérgico en el hablar; locuciones más brillantes que sólidas, poca cohesión en la conversación: tal es el tono del Sr. de Calonne.

»Gran facilidad de comprensión, mucho tacto en distinguir la luz de las sombras, pero incapacidad para pensar seriamente; fuerza para elevarse á grandes ideas, pero imposibilidad de combinarlas y de calcular los resultados: tales son las dotes del Sr. de Calonne. En cuanto á su manera de conducir los negocios, se observan en él: gran disposición para encontrar los medios; habilidad y astucia para emplearlos, pero precipitación en decidirse; indolencia y falta de puntualidad en la realización; exageración habitual del éxito; prontitud en ceder, lo cual hacía que muchas veces fuera imprudente ó injusto; habilidad para hacerse simpático, pero un

(1) Droz, I, pág. 396.

(2) Véase más arriba.

(3) Montyon: *Particularités et observations*, págs. 279-280.

exceso de confianza que los hombres discretos tenían que tomar por astucia ó por falta de talento; fanfarron en su lenguaje, y tan pródigo en promesas que sus palabras, aun teniendo razón, en vez de ser tomadas en serio excitaban la risa (4).»

En tal concepto tenían á Calonne aquellos que habían tenido ocasión de observar de cerca al caballero y al ministro. El retrato es exacto en cuantos detalles contiene, pero deja de dar algunos que no son menos verdaderos, y que podremos conocer por la realidad de los hechos.

Cuando Calonne pronunció en 22 de febrero de 1787 su famoso discurso ante los Notables (5), habló por vez primera de los principios fundamentales de su administración, y sorprendió á todos con la afirmación de que se había instruido en las más sabias doctrinas, cosa que no creían sus propios amigos. Luego analizó la época en que entró en el ministerio y pintó la situación de 1783 con palabras y detalles de hechos que difícilmente hubieran podido ser tachados de exagerados. «Todas las cajas, dijo, estaban vacías, el papel del Estado desacreditado, el curso de los negocios interrumpido; la consternación era general y la confianza nula: había que pagar efectivamente ochenta millones de atrasos de guerra y habían vencido otras varias deudas por valor de más de doscientos veinte millones, ya por atrasos de los gastos corrientes, ya por cumplimiento de otras obligaciones; se había dispuesto de ciento setenta y seis millones correspondientes á los ingresos del siguiente año; existía un déficit de ochenta millones en el balance de los gastos é ingresos ordinarios; el pago de las rentas estaba muy atrasado; en suma, había un déficit de seiscientos millones y se carecía de dinero y de crédito para enjugarlo. Esta cifra solo puede sorprender á los que alucinados por las ilusiones de la memoria financiera de Necker, han perdido de vista los gastos colosales que ocasionaba la guerra de América y la marítima y el espantoso desorden que debían introducir en la hacienda.»

En situación tan desesperada, Calonne no encontraba más que un medio de salvación, cual era el crédito, y para reanimarlo no veía más recurso que el siguiente: «El dinero, decía, escasea porque no circula; es preciso hacer dinero para darle curso, importarlo del extranjero para dar circulación á los capitales nacionales, que se ocultan por temor; darse apariencias de ricos para no descubrir la magnitud de las necesidades. Lo más esencial es recobrar la confianza perdida, y para ello puede hacerse mucho y muy bueno á los ojos de la opinión pública. Es preciso proceder, en los pagos, con una puntualidad que exceda á la misma letra de la obligación, para que no pueda haber ni apariencia siquiera de retraso; pagar mucho para volver á recobrar lo pagado; desvanecer el temor de que se empleen aquellos medios oscuros, que por sí solos constituyen un estigma para un gobierno sabio y virtuoso; y además ponerse al nivel de la nación que más fielmente cumple sus obligaciones, para ofrecer á la Europa entera un testimonio de la abundancia con que contamos.» En una palabra, era preciso obtener un crédito que no merecían ni la persona del ministro ni la situación del tesoro, pues, según decía Calonne: «Todo está perdido si aparecemos pobres cuando más necesitamos aparentar lo contrario.» Y aquí llegamos á la clásica distinción que entre la verdadera y la falsa economía de un ministro de hacienda hacia Calonne. «Por regla general, decía, la economía de un ministro de hacienda puede presentarse bajo dos aspectos tan distintos que bien puede decirse que son dos clases diferentes de

(4) *Particularités et observations*, págs. 277-280.

(5) El discurso íntegro, del que más adelante volveremos á tratar, se encuentra en los *Archives parlementaires de 1787 á 1860*, París, 1867, tomo I, págs. 189-198.

economía; la primera está á la vista de todos por su marcado aspecto exterior: manifiéstase por medio de sus públicas negativas y con rudeza intencionada aparece en las cosas más pequeñas, á fin de espantar á la masa de solicitantes. Esto da una apariencia imponente y que influyendo mucho en la opinión pública nada significa en realidad; pero tiene la doble ventaja de ahuyentar la codicia y calmar los temores de los ignorantes. La otra puede hacer más aparentando menos: severa y parsimoniosa en lo que tiene verdadera importancia, no se muestra dura en lo que carece de ella: deja hablar de lo que concede y no habla de lo que ahorra. Como se ve que satisface algunas exigencias, no se quiere creer que rechaza mucho mayor número de ellas; como procura dulcificar la dureza de una negativa, se cree que no puede apenas negar nada; como no tiene fama de inflexible, no se le quiere dar la de prudente y reservada; y mientras con su perseverancia y actividad preserva á la hacienda de los abusos y ataques funestos, parece á menudo calumniarse á sí misma con el aspecto exterior de ligereza que la maldad convierte pronto en dilapidación.»

Estas frases formaban el exordio de un discurso encaminado, como veremos, á demostrar á los aterrados Notables que una vez agotados los últimos recursos, hasta los imaginarios, no quedaba más remedio que adoptar reformas fundamentales. Y aun cuando no se viera la consecuencia, ofrecíase á los que sabían la angustiosa situación de Calonne una nueva prueba del increíble cinismo con que este trataba las cuestiones más graves. También dió muestras el ministro de una habilidad en el hablar y de una impudencia sin límites. Nunca se dijo en qué consistía la verdadera economía de una administración que continuamente pedía prestado y gastaba. Lo que esa administración traducía en hechos llevaba el sello de la dilapidación menos escrupulosa, de la más perjudicial disipación y del más descarado engaño.

Nuestros lectores están acostumbrados á apreciar la dignidad de un ministro de hacienda de la antigua Francia por la extensión del odio que le profesaban los parásitos de la corte y las sanguijuelas del Estado. Por espacio de tres años y tres meses fué Calonne el ídolo de unos y otras, y con esto ya queda dicho lo suficiente acerca de la primera parte de su administración.

La lucha constante en que Turgot, Necker y d'Ormesson estuvieron con la corte y con sus insaciables pretensiones cesó del todo con Calonne, siendo sustituida no solo por la paz más completa sino por la amistad más íntima, todo ello á costa del Estado. La reina deseaba poseer á Saint Cloud: Calonne lo adquirió por quince millones. Los hermanos del rey deseaban verse libres de deudas, y no acudieron en vano al más amable de todos los ministros de hacienda. Los magnates que necesitaban desprenderse de los bienes señoriales recibieron por ellos precios exorbitantes que en tres años alcanzaron la cifra de setenta millones. Concedíanse gracias, pensiones y participaciones en los productos de las contribuciones y de la administración: una lluvia de oro caía sobre aquel país, que hacía pensar en cuentos y milagros. Decía entonces un príncipe: «Al ver como todo prosperaba me quitaba el sombrero (1).» Los arrendatarios de contribuciones no habían visto días más felices para ellos, pues nadaban en los millones que directa é indirectamente se les entregaban por sus anticipos, al paso que los pequeños rentistas eran esquilados y los labradores apenas podían soportar la carga de los tributos. El mismo ministro vivía como un Creso y desplegaba en sus palacios de París y Versalles un lujo que era la admiración de todos. De esta suerte se formaba un

cielo sereno que no empañaba ninguna nube de cuidados para el porvenir.

En agosto de 1784 fundó Calonne una nueva caja de amortización y al anunciarla dijo haber encontrado el medio infalible de extinguir en breve plazo y con poca dificultad toda la deuda pública. Así lo reconoció el rey, «con gran contento,» en vista del proyecto que le fué presentado (2). ¿Quién podía hacer cosa mejor que entregar sus ahorros para contribuir á la benéfica obra de la amortización? El primer empréstito de cien millones que contrató en diciembre de 1783 ofrecía á los prestamistas tan ventajosas condiciones que se recaudó más dinero del que se había pedido, subiendo los títulos de la deuda un once por ciento. Era este un brillante comienzo que hizo decir á un elevado personaje: «Ya sabía yo que Calonne salvaría al Estado, pero nunca hubiera creído que lo consiguiera tan fácilmente (3).» Este primer empréstito estaba destinado, como decía un decreto del consejo de ministros, «á restablecer la nivelación entre los gastos y los ingresos, á disminuir los impuestos, á fomentar la agricultura y á robustecer la industria nacional.» A este siguió en 1784 otro de ciento veinte millones bajo condiciones más ventajosas todavía para los acreedores, cuyo único objeto era «facilitar el orden y la economía.» Un tercer empréstito (diciembre de 1785) exigía ochenta millones «para enjugar por completo la deuda pública y poner de nuevo en orden los negocios.» Esta vez, el Parlamento se puso en movimiento y quiso negar la autorización; pero intervino el rey diciendo: «Quiero que se sepa que estoy contento de mi inspector general.» Cuando se hubo consumido este empréstito, para aumentar cuyo importe Calonne no perdonó medio alguno, y cuando por la extinción del tercer vigésimo (1786) se agotó el manantial de las contribuciones, entonces sonó la hora de retroceder inevitablemente.

Calonne, antes de ver el abismo que á sus pies se abría, dió á la antigua Francia un nuevo espectáculo de Carnaval. Un testimonio vivo de la frivolidad que entonces dominaba en los salones y en la corte es la acogida que se dispensó á la comedia de Beaumarchais: *La folle journée ou le mariage de Figaro*, pieza que entrega al general escarnio la disolución de los hombres y de las mujeres, y lo artificial y falso de todas las relaciones de la sociedad que estaba á la cabeza de la nación. Por espacio de dos años y cuatro meses, el rey, que había leído el manuscrito, terminado en 1781, se negó á permitir la representación pública de la comedia. La señora Campan, que la había leído al rey en presencia de la reina, nos describe la impresión que en el monarca produjo. Al oír el célebre monólogo de Figaro, especialmente el pasaje que trata de las prisiones de Estado, se levantó del sillón y exclamó: «¡Esto es detestable y no puede nunca ser representado! sería preciso derribar la Bastilla, porque con la representación de semejante comedia sería una inconsecuencia peligrosa. Ese hombre se burla de todo lo que bajo un gobierno debe respetarse.—¿No se representará, pues?—preguntó la reina.—No, de ninguna manera,—contestó el rey;—puede estar segura de ello (4).»

La indignación que en el rey produjeron el espíritu y el lenguaje de aquella comedia es fácil de comprender. A pesar de su bondad y de sus honrados deseos de socorrer á todo aquel á quien veía sufrir, sentía el rey no como el primer ciudadano de su pueblo sino como el primer noble de su aristocracia, y consideraba su principal deber defender los derechos de la nobleza lo mismo en las cosas más nimias

(2) *Anciennes lois françaises*, XXVII, pág. 464.

(3) Droz, I, pág. 453.

(4) Mme. Campan: *Mémoires sur la vie privée de Marie Antoinette*, tercera edición. París, 1823, I, pág. 278.

(1) Droz, I, pág. 405.